

---

# Fernando Eguren

## COMENTARIOS AL ARTÍCULO DE MIGUEL MURMIS\*

### I

Un primer problema es el de *reestructuración/desestructuración*. El artículo cuestiona que las agriculturas latinoamericanas, más allá de sus particularidades nacionales, se estén reestructurando. Sostiene, por el contrario, que lo que está ocurriendo es un proceso de *desestructuración*, es decir, de modificación y desmontaje de las estructuras económicas anteriores. Este desmontaje es impulsado por las políticas de ajuste y reestructuración pero, de algún modo, sobre condiciones previas favorables, entre ellas, la pérdida de poder de las clases terratenientes tradicionales y las transformaciones en la propia sociedad campesina.

Este proceso de *desestructuración* se mantiene, y aún no es posible llegar a conclusiones sobre la nueva estructura. El planteamiento de Murmis permite concebir los actuales procesos como abiertos. Y, en tanto procesos abiertos, cabe a los diferentes grupos sociales la posibilidad de influir sobre sus características futuras.

Quiero plantear aquí un interrogante en relación a cuáles son las «estructuras anteriores» que están cambiando. Así como Murmis tiene una posición crítica respecto a los intentos prematuros de caracterizar ya procesos aún inacabados, también es válido preguntarnos si las imágenes de las estructuras pasadas, aquellas que se están *desestructurando*, correspondían a la realidad.

Menciono tan sólo dos caracterizaciones comunes en las imágenes de las estructuras pasadas que hoy estarían en proceso de *desmantelamiento*.

La primera es que las estructuras pasadas se organizaban alrededor de dos polos: el latifundio y el minifundio. Esta visión sobresimplificada de la

\* Este texto es el comentario al artículo del sociólogo argentino Miguel Murmis publicado en *Debate Agrario* 18. En agosto de 1993 este artículo fue expuesto por Murmis como ponencia en la V reunión bienal del Seminario Permanente de Investigación Agraria, que tuvo lugar en la ciudad de Arequipa. En esa oportunidad me correspondió ser panelista y esta es la versión escrita de mis comentarios.

estructura socioeconómica ignoraba o minimizaba la existencia, por ejemplo, de un importante sector de agricultores comerciales —medianos, les llamaríamos hoy— no incluidos en esos polos, pasaba por alto los procesos de diferenciación campesina, y desconocía la extrema heterogeneidad de lo que se entendía por «latifundio», que incluía haciendas tradicionales, empresas agropecuarias modernas, plantaciones, etcétera

Una segunda supuesta característica de las pasadas estructuras es que el agro de hace algunas décadas era más bien estático, estable. Por lo menos en varios países de la región han existido intensos procesos de cambio antes de que ocurriesen las reformas agrarias y de que, en muchos lugares, los campesinos derrotaran a las haciendas asediándolas por dentro, en el caso de los colonos, o externamente

Con esto no quiero decir que en el artículo de Murmis se concibe las estructuras pasadas como dualistas y estáticas, Murmis no sólo no hace tal cosa, sino que advierte de los riesgos de los dualismos. Lo que pretendo, sí, es sugerir que hablar de reestructuración y desestructuración implica una discusión sobre las estructuras de origen, pues estas establecen, en una medida importante, las posibilidades y los límites de los procesos de cambios posteriores

Murmis hace alusión a estos límites cuando afirma que actualmente estamos en un terreno del «todavía no», es decir, de procesos inacabados, pero también del «ya no», esto es, de la superación definitiva de procesos y estructuras pasadas o, al menos, de algunos de ellos

Pero, ¿de cuáles? En el artículo se menciona la reconstitución de latifundios, aun en países que han tenido reformas agrarias importantes (México). También se menciona cómo el supuesto nuevo modelo organizado por —y que se desarrolla alrededor de— los complejos agroindustriales, es decir, en las partes más modernas de la agricultura, se sustenta frecuentemente en bajos salarios, descalificación de los trabajadores y en la inestabilidad laboral, es decir, en relaciones más propias de las plantaciones y haciendas de hace décadas

Además, Murmis anota que las formas no salariales de acceso a la mano de obra, supuestamente desaparecidas o cuya importancia ha disminuido, pueden estar reapareciendo bajo formas más contractuales a través del otorgamiento de parcelas a cambio de trabajo

Faltaría delimitar más, en lo posible, el terreno del «ya no», de las relaciones, estructuras y procesos definitivamente superados, pues muchos de ellos se muestran como muy persistentes

## II

Aun cuando los procesos actuales puedan ser considerados más de desestructuración que de reestructuración, el peso de los complejos agroindustriales en los futuros modelos de acumulación será fundamental. Pero no todos los productores agrarios serán articulados a ese proceso

Entiendo que, para facilitar la exposición de sus puntos de vista, Murmis acude a lo que él llama un nuevo dualismo –*campesinos/empresarios*– que sustituye en las imágenes sobre el agro al ya mencionado *latifundio/minifundio*

A pesar de que el artículo explicita los límites de esta nueva visión dualista, la que soslaya temas como el de la diferenciación campesina o el pasaje entre categorías, al utilizarla queda efectivamente marginado un sector que ha ido cobrando gran importancia en los agros de América Latina y aun del Perú, donde el peso del campesinado es muy grande. Este sector es el de los pequeños agricultores comerciales, la pequeña burguesía agraria, que pueden provenir originalmente de campesinos diferenciados hacia arriba, de colonos o yanacunas, o aun de cooperativistas asalariados usufructuarios de la parcelación de las empresas cooperativas, como ha ocurrido en el Perú. Su vinculación con el mercado es total, sus explotaciones son generalmente familiares y no se reconocen –o tienden a hacerlo paulatinamente menos– como campesinos.

Su definición no es fácil, y ello no sólo tiene que ver con el tamaño de la explotación. Una tipificación posible es aquella a la que se llegó en el taller «El ascenso de la mediana producción en la agricultura latinoamericana», realizado en 1984 en la Universidad de Cambridge, y que paso a mencionar

1 estar en capacidad de mantener sostenidamente un nivel positivo de ahorro neto,

2 imputar un cierto retorno por separado además al capital, el trabajo y la tierra, aun cuando sean menores que los respectivos costos de oportunidad del mercado,

3 la participación directa del titular y su familia en las labores del campo, aunque se contrate a trabajadores permanentes y/o eventuales,

4 la responsabilidad directa del titular en la administración de la explotación, tanto en la parte comercial-financiera como en la laboral-productiva, sin que exista, por tanto, un administrador contratado

Y aunque cuando se realizó ese taller no era posible cuantificar su importancia –seguramente aún existe esa dificultad–, se estimó que controlaban, en América Latina, entre el 20 y el 30% de la tierra agrícola y probablemente alrededor de un tercio de la producción

Vattuone compara los censos agropecuarios de 1972 y 1992 para el departamento de Ica<sup>1</sup>. La categoría de unidades agropecuarias que más se ha incrementado es aquella que posee entre 3 y 10 hectáreas, superficie que, dada la calidad de los suelos, pero también dado al carácter intensamente comercial de la región iqueña, correspondería a lo que podríamos llamar una pequeña burguesía agraria

La consideración de este sector –que, en mi opinión, no tiene cabida en una visión dualista del tipo empresarios-campesinos– es importante tanto

1 VATTUONE, María Elena «Análisis de los censos agropecuarios de 1972 y 1992 en el departamento de Ica», *Debate Agrario*, 17 Lima CEPES, diciembre de 1993

por el peso cuantitativo que ya mencionamos como porque será presumiblemente una parte significativa en la definición de una nueva estructura agraria

### III

Un tercer punto que merece discutirse es el de la *exclusión/inclusión*. También aquí Murmis mantiene sus reservas respecto a esta polaridad –acentuada por la concepción dualista de empresarios y campesinos–, pues ella privilegia los extremos y conduce hacia cierta imagen según la cual, como afirma Murmis, «los incluidos están de alguna forma instalados en la modernidad capitalista y han llegado para quedarse». Lo que ocurre es algo menos tajante, pues «capitalizarse no es sólo quedar incluido en un sistema dinámico, sino también quedar incluido en un sistema con crisis y con destrucción de unidades». Productores que en un momento tienen la posibilidad de estar incluidos en el modelo, pueden dejar de estarlo si, por ejemplo, el Estado les retira el apoyo (acceso al crédito, más aun si este es subsidiado)

Pero, ¿qué pasa con los «excluidos»? Esto me recuerda el concepto de marginalidad, muy utilizado hace algunos años, y la crítica que le hizo Aníbal Quijano, quien afirmaba que no había realmente marginalidad, sectores sociales marginales o marginados, sino formas subordinadas de articulación de esos sectores sociales con la sociedad global. En el caso de los campesinos, estos constituían una reserva de mano de obra, abastecían a las ciudades de alimentos baratos, y esa era su función en el modelo de acumulación e industrialización sustitutiva de importaciones. No estaban, pues, al margen de la sociedad eran funcionales a ella.

Pero el problema de la «no inclusión» mencionado por Murmis ocurre con un campesinado que ya no cumple esas funciones o cuya importancia ha disminuido mucho. Los centros urbanos tienen su propia reserva de mano de obra y el peso de la producción campesina tiende desde hace años a decaer. Por lo demás, la apertura de los mercados, combinada con los subsidios que los gobiernos de los países exportadores dan a sus excedentes alimentarios exportables, abaratan los precios al consumidor, compitiendo con frecuencia ventajosamente con la producción campesina.

Murmis cita al brasileño Geraldo Muller en relación a la capacidad actual de las unidades integradas a complejos agroindustriales de producir todo lo que el mercado interno cuanto el externo demandan sin necesidad del aporte de la producción campesina. Aparentemente, pues, el campesinado podría devenir una clase «prescindible».

Creo, por ejemplo, que los no incluidos en las líneas centrales del proceso de acumulación siguen, sin embargo, cumpliendo funciones importantes en vinculación con centros urbanos menores pueden seguir siendo fuente de mano de obra, en pequeñas ciudades y poblados, sus

productos agrarios pueden seguir siendo más baratos que los adquiridos extrarregionalmente, pueden seguir siendo fuente principal de acumulación de pequeños y medianos comerciantes. A este nivel, es claro que no son «prescindibles»

Mi observación general sobre este punto es que el concepto de «no inclusión» o «exclusión» ayuda poco a comprender la naturaleza de la ubicación del campesinado en lo que sería el nuevo modelo de acumulación. Y cuando hablamos de campesinado nos estamos refiriendo, en muchos países, a la tercera o a la cuarta parte de la población total.

En un artículo de Murmis recientemente publicado por *Debate Agrario*, este autor expresa su escepticismo ante las propuestas —que considera optimistas— tanto de la CEPAL («Transformación productiva y equidad»), como de una publicación reciente del IICA («Modernización democrática e incluyente en América Latina y el Caribe»). Ambas asignan un importante papel al campesinado y reconocen la posibilidad de desarrollar sus potencialidades.

#### IV

Murmis afirma que «la organización económica está aún sin definir, por lo cual todos los niveles de acción social tienen un importante papel que desempeñar». A este respecto, me parece que debe ser destacado que el artículo que comentamos concede un lugar importante a los *sujetos sociales* en la producción de los cambios y en la dirección que estos adquieren. Afirmar esto puede parecer obvio, pero gran parte de la literatura sobre el tema agrario ha volcado su atención en el análisis de los procesos, de las nuevas estructuras emergentes, de las políticas agrarias y sus efectos, pero se ha dicho poco sobre el papel de los diferentes sectores de la sociedad rural en la producción de esos procesos y en la determinación de las nuevas estructuras.

Para influir en la dirección de los procesos sociales y económicos es fundamental la capacidad de organización de los diferentes sectores sociales. Murmis reconoce explícitamente que su artículo no explora este terreno. Pero anota también que a una primera etapa de avance campesino —una de cuyas expresiones fueron las reformas agrarias— y a una segunda etapa en la que se produjeron los procesos de diferenciación, seguiría una tercera, observable en México y Perú, «de desmantelamiento de formas institucionales que congelaban algunos rasgos del arraigo campesino».

A ello se agrega el hecho de que la mayoría de asalariados en las áreas rurales encuentran grandes dificultades para organizarse, dada su inestabilidad, así como el retiro del apoyo estatal a políticas laborales más equitativas.

Campesinos y asalariados estarían pues en un pie de extremada debilidad para influir en los actuales procesos. ¿Hasta qué punto son entonces estos procesos abiertos e influenciables?

Quiero anotar, para concluir, que el artículo de Miguel Murmis es un fresco recordatorio de que las transformaciones sociales no son unívocas ni unilineales. Es también una fuente muy rica de sugerencias e hipótesis, y constituye una verdadera agenda de discusión.